

EL LABERINTO DE LA POLARIZACIÓN: HACIA UNA COLECTIVIDAD CRÍTICA EN EL MÉXICO CONTEMPORÁNEO

Por: José Raúl Pliego Hernández.

“Hoy la historia tiene que ser de unidad y yo creo en las cosas que nos unen, no creo en las cosas que nos separan. Y unirse es complicado, pero es una lindísima tarea que tenemos por delante... debemos unirnos sin negar nuestra diversidad”.

Tyrone González (Canserbero)

En el México actual, el tejido social se ruptora, y esta ruptura es algo que trasciende la simple diferencia entre opiniones para convertirse en una barrera que dicta la interacción humana. Esta división, alimentada por una retórica de confrontación constante emanada desde las oligarquías y replicada en la vida diaria, ha deshumanizado al individuo, reduciéndolo a un “enemigo” y eliminando cualquier posibilidad de ser empático.

El ciudadano promedio se encuentra atrapado en un estado de desgaste mental y emocional, navegando entre una violencia que se ha normalizado en las calles y una profunda desconfianza hacia las instituciones. Este cinismo no es espontáneo; es el resultado de decepciones acumuladas donde la esperanza ha sido utilizada sistemáticamente como una moneda de cambio electoral, dejando tras de sí un rastro de promesas incumplidas.

Para comprender la raíz de esta ruptura social, es bueno retomar el concepto de “modernidad líquida” propuesto por Zygmunt Bauman.

Según el sociólogo, vivimos en una era donde las instituciones (públicas y privadas) han dejado de ser estructuras sólidas para volverse volátiles, cambiantes e incapaces de ofrecer un suelo firme sobre el cual planear un futuro. En este estado de incertidumbre permanente, el Estado prioriza la gestión de su imagen inmediata y la victoria en la “batalla de percepciones” digitales por encima de la implementación de políticas públicas de fondo. Generando así un “espejismo de poder”: una narrativa mediática de grandes transformaciones históricas que choca brutalmente con la realidad de indicadores estancados y servicios básicos sin atención. Esta discrepancia entre el discurso y la vivencia cotidiana produce una fractura en el tejido social y familiar.



Zygmunt Bauman

Esta “liquidez” fomenta lo que podemos denominar violencia horizontal. Se trata de una lucha donde la energía social, en lugar de dirigirse hacia la exigencia a las élites, se disipa en conflictos vanos entre la misma población promedio. La polarización convierte al vecino, compañero o al familiar en un adversario, etiquetado rápidamente como “traidor”, “vendido” o “ignorante”, simplemente por tener una perspectiva distinta de la misma realidad.

Esta balcanización del tejido funciona como un mecanismo de control perfecto: un pueblo dividido en bandos irreconciliables, más preocupado por ganar una discusión en redes sociales que por la eficiencia de los servicios públicos, es incapaz de organizarse para confrontar amenazas que no distinguen ideologías, como crisis económicas o inseguridad pública.

Romper este ciclo de aislamiento y confrontación requiere una evolución mental y dogmática que desafíe nuestra propia inercia. Siguiendo la “Pedagogía del oprimido” de Paulo Freire, es vital que el ciudadano transite de una “conciencia ingenua” hacia una “conciencia crítica”. La conciencia ingenua es aquella que simplifica la complejidad de los problemas sociales, cree ciegamente en soluciones mágicas y deposita toda su fe en la voluntad de un solo individuo.

Por el contrario, la conciencia crítica implica la capacidad de analizar las causas profundas de nuestra realidad y asumir la responsabilidad compartida de transformarlas, reconociendo que los cambios estructurales no provienen de la benevolencia del poder, sino de la presión de una sociedad organizada.

Esta emancipación implica necesariamente dejar de lado el infantilismo político que genera esperar a un “padre de la patria” que nos mantiene en un estado de infantilización ciudadana. Debemos entender que el progreso es un derecho que se conquista y se vigila mediante la “praxis”: la unión indisoluble entre la reflexión profunda y la acción concreta. No basta con la queja teórica en la comodidad de la esfera privada, ni con la reacción impulsiva sin fundamento; se requiere una participación diaria que trascienda el acto de votar cada seis años. La praxis se refleja en la organización social, en la transparencia que se le exige a los gobiernos y en la defensa de los espacios públicos.

En última instancia, el camino hacia un México digno no depende de la aparición de un hombre divino, sino de la recuperación urgente del sentido de comunidad.

Necesitamos una democracia donde el disenso sea visto como una herramienta de construcción y no como un motivo de exclusión. Hay que reconocer que nuestro destino está ligado al del “otro” al que hoy criticamos; ese es el primer paso necesario para salir del laberinto de la polarización. En el punto actual de fragmentación, la unidad social no es un idealismo romántico ni un deseo abstracto; es un imperativo de supervivencia colectiva y el único motor capaz de generar una transformación que sea, al mismo tiempo, profunda, humana y permanente.

